

CONTRA LA PARED

(fragmento)

Gustavo Leño / Universidad de Guadalajara

Deshaciendo transparentes sus ojos volviendo blandos en el cuerpo del recuerdo elabora desde la lluvia cada gota, alguna traición elena recogiendo el pensamiento lentamente el vientre interminable, inclinándose desde la cama hacia el agua que parece cubrir todos sus nombres volviendo su cuerpo en los pasillos de las palabras y la cabeza sacudiendo el peso del recuerdo y la necesidad de recordarlo todo para hundirse al vientre y la palabra no parecen tener fin posiblemente imagina su cuerpo y repasa la carne dura del pecho que guarda los cuerpos innumerables de adulterios o incestos confundidos entre las manos y el viento que penetra su piel por la tarde para hundirse en su memoria sin distinción posible desapareciendo en la pesadez del sueño retrasa sus piernas vuelve las hojas que arden en su mirada: la luz vertical y amarilla corta y humedece el sentimiento con un sabor de hiel, donde el sueño también termina: las páginas y la superficie se convierten en su percepción evitando los cabellos que se desprenden y se alzan como puntas de acero, evitando el humo que se desvanece y aparece con el agua que, en el fin la luz salta con las gotas del agua volviendo internamente la conciencia al cuerpo gruesa y suavemente invade los ojos convirtiendo la carne en un objeto incomprensible de la tarde tras los tanques de gas estallando y aflorando un imaginado arcoiris de algún lugar lugar lejano/nadie imaginaria después el cuerpo como el agua llena el rostro y vuelve la cara hacia la palabra llevando el sonido hasta la boca y el sentimiento de sus piernas a la garganta volcando la resignación en su mano cuando tocas con los dedos la cicatriz en su espalda y vuelves la vista hacia tu propio cuerpo que se abre a tiempos precisos como la luz que devuelve a tus piernas al hombre a las cosas a la memoria menstruales ciclos menstruales voy volviendo: el color se vierte en la alfombra el vino se forma en la garganta la carne de maría se desvanece y el recuerdo convierte presente el tiempo vuelve al cuello y corta el silencio llevando el sonido a las entrañas rodea el cuerpo de lascivia como el plomo cae a la memoria haciendo el movimiento de los dedos en el cigarro una aventura imposible; la ceniza queda intacta y el aire de la boca agudamente a través de las miradas: un recuerdo que vendrá al cuerpo cuando el cigarro y tu piel se renueva en el óvalo del huevo mientras la sangre esférica se repliega penetra el aire hacia el recuerdo y devuelves el tiempo a las arrugas, atrás para volverse: espejo.

Prefacio: me he detenido en la puerta, al principio de la sangre y las venas aún están abiertas y las palabras y los signos devueltos al vientre.

Tu padre deja sus manos y baja la mirada por la tarde desde tu cuerpo. Detiene las esferas de los ojos en tu carne y penetra por las piernas la carne sometida al frío descubierta, en la memoria, niña de una tarde:

Las arpas amplias de la carne vibran con el aire entre la saliva y el deseo. Su pelo se desborda en el cerebro y cubre la memoria del hombre bajo la sombra viril de todos los cuerpos y retrae el tiempo como el grito de tu padre en el silencio suave, desdientes

de, roto sin obediencia, formando con el antebrazo un semicírculo sobre la perforación sexual y roja de tu otro cuerpo y el recuerdo de tu padre, de Elena, otra imagen forma el sentimiento en el estómago que atraviesa el tórax entre las vértebras hacia la base del cerebro oblicuamente por un nervio roto que desprende la sangre sobre el brazo lleva su mano a tu cara para detenerse en la memoria bajo una piel cubierta de lujuria plural, prohibida; bajo la cara el asco de la lascivia activa las glándulas salivales y las uñas de tu padre disuelven en sudor la sensación de tu piel que aflora un estímulo en las glándulas excitadas invadidas por el asco o la saliva para alejarte de él en la imaginación.

Elena recoge el aire de la habitación y disuelve su aliento en los cuerpos pequeños de la materia oxigenando cada punto donde fluye el fuego para volver una sangre oscura a la memoria; Elena retorna por una herida cerrada hacia el dolor del sexo o hacia otra muerte distinta y primitiva, a la sombra del comienzo, retornando en las huellas de la carne por las letras de la prostitución hacia el incesto y la inocencia, flexionando: revuelta revólver. El recuerdo se recoge finalmente dentro e imagina el cilindro de anillos que componen su cuerpo, círculos y esferas, y curvas y placidez, y esperanza y reposo, y suavidad, e infinitud. . .

Regresa la memoria semejante a sangre; vuelve en círculos cerrados y concéntricos al iris y vuelve a tu nombre de hermana el agua en otros nombres la palabra queda en tu hombro: el incesto es tu propio nombre, manos y miembros de un mismo cuerpo.

Los dedos bajan lentamente mientras el tiempo deshace las palabras Elena se restituye al tiempo que se une a la carne de madre: tu costado se hunde en la oscuridad de su vientre y se abandona en el agua y el pensamiento que cubre los oídos; se apaga el silencio y cierra los ojos. dijiste: tu costado. . . es como leche tu cuerpo que se disuelve entre palabras cerradas y antiguas; como manantial agotado tu carne se desiste. El aire roza la cara y la noche asume todas sus heridas; la oscuridad se construye con montes y minutos y las cicatrices de la tarde, convirtiendo todo a un segundo.

La luz refleja una ranura de sus sensaciones en el lomo del agua, el cuerpo abre la tarde y se forma la carne a la temperatura del hielo entrecerrando las uñas abriendo la palabra hacia el oeste y el odio; permanece el olvido entre cabellos cubriendo el recuerdo de la fotografía y las camas donde permanece el olor de la soledad como orín agrio y húmedo todavía, como la saliva brota en el borde del labio apenas se evapora enfriando la carne por dentro bajo el abrigo largo, gris, impidiendo su piel a la lluvia: sentaste aquella tarde la arena que llenaba la ropa penetrando gradual por la piel hasta la sangre en el animal ahogado, su madre vieja, cubierta por mangas de lluvia, inservible, estrecha.

El llanto es también la carne que desciende por sus costados y se extiende y se pierde en la arena absorbiendo el humo y la desesperanza este verano entre las palabras, ahogado por presencias minuciosas de instintos, devorado: el agua vuelca y ensancha las paredes del vientre abierto en el parto humedecido. Eduardo enumera sus cabellos como alvéolos recogiendo el brillo multiplicado del agua, dobla su cuello y describe un arco de círculo con el centro en la base del cuello y el vértice girado hasta sus párpados separados proporcionalmente al movimiento regular de los ojos en una muñeca. Las palabras se desprenden desde su retina hacia la memoria o el olvido: internarse tu carne en el bosque soles llevando espejos cabalgando ríos juntos la madera, madre, la sangre por nuestros ojos quemando la memoria de las tardes cerradas, y manchar la sangre con frío, vimos, con la inclemencia del recuerdo, entre la tarde sentados, las manos que formó el aire desde el olvido, y perderse olvidarse la memoria.

El padre está en el sofá, abierto apenas desprendida la memoria de su pecho. El salón se llenaba de olvido y humo por la boca, encendía la idea de su cuerpo formándose al sexo y a la sombra de su vientre, a los pies de mi padre, con una memoria presente no acordada, adherida en su cuerpo prostituido, errante se abría su palabra desde bocas internas donde el recuerdo quedaba con la formación que el silencio rompía, permaneciendo ahogadas, hundido entre el sonido de la piel y ocultas y heridas por el cabello o el sudor formando un resentimiento extenso donde caber esta tarde y el olvido, llovía.

sedujiste un recuerdo intentando las letras de una descripción justa que la garganta y el estómago rompían en olvidos disecados, variables, y miembros aparcados junto al sonido de las formas sordas de tu nombre, a la orilla de nuestra madre junto a miembros derruidos desde la lima de tu lengua al borde de la noche, descendiendo duros párpados pesados de plomo descendiendo la noche desde tu carne.

La tarde como un cuerpo vertical entre los dientes o un rumor de bóvedas confundidas entre los cabellos se adhería junto al recuerdo de la lluvia en la espalda y el murmullo del vientre rozando la superficie del agua, para iniciar un olvido entre ocasiones que restituye el agua y las formaciones marinas que la memoria dilata, elena.

Giran lentamente tenso los músculos del cuello y vuelvo la cara hacia la luz quedan los objetos vueltos; ella es el recuerdo, y el padre muerto: en los pasos, en las piernas de tu padre a través del humo en las arterias, la circulación líquida como la sombra de esta tarde. Abriste los brazos transportando el humo expandido entre los dedos como membranas interminables cubriendo el color y glúteos distendiendo su sonido. Imaginaste las curvas que informó la sangre en su cuerpo trotando tus recuerdos por un olvido extenso según las palabras crecían y las formaciones del humo. Formaste a través de su piel las palabras como materia palpable y sentiste las puntas de los dedos llenos y suaves; luego comenzaban a perderse disolviéndose para conducir el cuerpo hacia la imposibilidad de la materia y la ausencia, llevándose en el sentido contrario del reloj hacia su cuerpo, papel vuelto en dobleces, negado por la imposibilidad de la lectura que mantenías. abierto a las posibilidades proximidades de tu cuerpo en el cuerpo de tu padre: se abría su vientre y giraban las puertas dejando escapar lentamente la oscuridad en el estómago del mueble húmedo: tu madre acercó según crecían los broches plateados prendidos en el pecho y sobre su vientre. cerraste los párpados y te cegaba un reflejo interna cazabas su nombre: eduardo detuvo la tarde y devolvió la palabra a su boca extendiendo la mirada y desdoblando las manos empuñadas: el frío se detenía, se iba. Encerrando el oxígeno en la saliva el aire rompía en la cara y entregaba tu soledad a las hormigas. El fuego de la imaginación estallaba desde el núcleo de tu cuerpo se abrasaba la piel en el infierno de tus palabras, madre, me detuvo. después no pude mover mi mano.

